

The background of the image is the interior of a Gothic cathedral, showing a series of high, pointed arches supported by tall, slender columns. The stone is a warm, aged brown. A grid of thin, dark lines is overlaid on the entire image, creating a mosaic-like effect. The text is centered and overlaid on this grid.

Gaston Racine

**¿Qué
pensáis
de
Cristo?**

Gaston Racine

¿Qué pensáis de Cristo?



Que pensez vous du Christ?

Gaston Racine

© Ferran Cots (edición en castellano)

Edición en castellano autorizada por Jean-Bernard Racine.

Todos los derechos reservados.

Se permite la reproducción parcial siempre que se cite la procedencia.

No se permite ningún tipo de reproducción, parcial o total, con intenciones comerciales.

Traducción: Ferran Cots

Maquetación y diseño: Ferran Cots

¿Qué pensáis de Cristo?

Primera edición: febrero 2019

Las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera de 1960

Las citas fuera del texto y las notas al pie no pertenecen a la edición original en francés

Imprime:






Índice

Introducción: Impostores y negadores.	7
Nuestra era lleva su nombre.	9
Opiniones contradictorias.	11
Las afirmaciones de Jesús.	13
¿Podemos tomar en serio las pretensiones de Jesucristo?	15
La confesión de Pedro y los primeros testigos de Cristo.	17
La verdad a toda costa.	19
Una pregunta que concierne a todos los hombres.	21
¿Dónde encontrar al verdadero Dios?	23
Israel, testimonio universal de Dios.	25
Juan el Bautista y el gran acontecimiento.	27
Jesús, un hombre distinto a los demás.	29
¿Por qué los judíos no reconocieron a Jesús como Mesías?	31
Una analogía asombrosa.	33
Jesús en su tiempo.	35
Los tres grandes grupos unidos contra Cristo.	37
Cristo hoy.	39
La cristiandad hacia la apostasía.	41
Una solemne advertencia.	43
La pregunta de Pilato.	45
Una elección que hoy se convierte en la nuestra.	47
Conclusión.	49

Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella...

2ª epístola a Timoteo 3:2-6



Introducción: Impostores y negadores

“¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?” (Mateo 22:42).

Así se dirigió Jesús a los judíos la misma semana de su arresto y muerte. Esas son aun las preguntas planteadas al mundo, que conmemora, cada año, la crucifixión de Cristo.

Seamos conscientes de la gravedad de estas preguntas. De la respuesta que les demos, de nuestra opinión con respecto a Cristo, depende nuestra forma de comportarnos en este mundo y, creedme, nuestro destino eterno.

A lo largo del curso de la historia, muchos hombres pretendieron ser *“Dios en la tierra”*: los locos en sus manicomios, algunos orgullosos iluminados en sus retiros, ya sea en Francia, en las Indias o en América; impostores con algún conocimiento de la profecía bíblica y que, pretendiendo cumplirla en sus vidas, fueron desenmascarados rápidamente.

Finalmente encontramos los grandes negadores de todos los tiempos, los cuales afirman haber *“destronado a Dios”* o *“matado a Dios”*, y que lo único que han hecho ha sido reemplazarlo proclamándose ellos mismos *“Dios en la tierra”*; como Nietzsche¹, aquel genial loco que, después de haber escrito *“Dios está muerto”*, se paseaba por las calles de Roma gritando *“Yo soy Dios”*.

1 Friedrich Wilhelm Nietzsche (1844-1900) fue un filósofo, poeta, músico y filólogo alemán, considerado uno de los pensadores contemporáneos más influyentes del siglo XIX.

El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Evangelio de Marcos 13:31

Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido.

Evangelio de Mateo 5:18



Nuestra era lleva su nombre

Hubo, sin embargo, en la historia del mundo un Ser inefable, un hombre nacido de mujer, que afirmó ser Dios y que fue condenado por haber reivindicado la igualdad con Dios; crucificado por haber osado decir *"el que me ha visto a mí ha visto al Padre"* (Juan 14:9).

De hecho, ante el tribunal supremo de los judíos, cuando el supremo sacerdote le apremia a decirle si él es el Cristo, el Hijo de Dios, Jesús respondió *"Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo"* (Marcos 14:62).

Sí, este hombre-Dios, este Dios-hombre, es Jesucristo, el Ser que ha dado su nombre a nuestra era y a nuestra civilización.

¿Qué piensas de Cristo? ¿Qué opinas sobre sus pretensiones?

Quando le vi, caí como muerto a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.

Apocalipsis 1:17-18



Opiniones contradictorias

Muchos responderán que Jesucristo era un gran hombre, un genio, el más inspirado de todos los profetas, un filósofo inigualado, el más sabio de los grandes iniciados, el fundador de la religión por excelencia.

Otros, sin reflexionar demasiado, lo comparan simplemente a Moisés, Confucio, Buda o Mahoma.

Algunos más, según su color político, llaman al obrero de Nazaret el primero de los revolucionarios, el líder espiritual de Galilea, el mayor de los socialistas, y, finalmente, el guardián del Templo, el incorruptible reaccionario.

Así, de la extrema izquierda hasta la extrema derecha quieren hacer militar a Jesucristo en uno u otro partido.

Los que hablan así de Jesús muestran claramente que jamás le han tomado en serio, que no creen en Él y que no tienen ninguna relación con Él.

No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir.

Evangelio de Mateo 5:17



Las afirmaciones de Jesús

Jesús siempre defendió que no aportaba una ideología particular, una doctrina personal o una nueva religión que pudieran oponerse a las otras.

Alabó y admiró la fe dondequiera que se manifestara, ya fuera que brotara del corazón de una pobre mujer cananea o de un oficial pagano.

Hablando de la ley de Moisés y de los profetas de Israel afirmó que Él había venido no para abolirla sino para cumplirla (Mateo 5:17).

Proclamó haber venido para buscar y salvar a los hombres perdidos, para darles una vida que debería ser la luz del mundo.

Pretendía ser la revelación de la vida verdadera, la vida eterna, la vida de Dios manifestada en un cuerpo de carne.

Bajo el velo de la carne, Dios vino en medio de los hombres, para revelarles la vida que Él quería para ellos, que Él esperaba de ellos.

Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.

Evangelio de Juan 14:6

Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.

Evangelio de Juan 11:25

¿Podemos tomar en serio las pretensiones de Jesucristo?

Jesucristo, ¿fue un loco, un iluminado, un impostor, o fue realmente la manifestación de Dios en el mundo?

¿Podemos creer que hubo un momento en la historia de la humanidad en la que los hombres vieron a Dios caminar y hablar sobre la tierra?

Estas preguntas son importantes, ya que todos, creyentes o incrédulos, están de acuerdo sin embargo que Jesucristo vino realmente. Si los hombres de su tiempo pudieron ponerlo sobre una cruz, nadie hoy puede poner una cruz sobre su nombre.

Además ninguno de sus contemporáneos negó su poder, y si muchos de sus enemigos atribuyeron su poder al mismo diablo, nadie pudo disputar sus milagros.

Sin embargo; sus pretensiones y sus reivindicaciones sobre las almas parecían, y aun parecen todavía, intolerables para algunos.

1. Dijo ser el camino, la verdad y la vida, y no un camino, una verdad, una vida entre tantas otras (Juan 14:6).

2. Dijo que le siguieran y para ello que renunciaran a todo, prefiriéndole a Él sobre su propia vida, un padre, una madre, la mujer, los hijos, una casa o propiedades.

3. Declaró que todos los que vinieron antes que Él o que vendrían después de Él eran ladrones y bandidos.

4. Afirmó ser la única puerta de salvación, el buen pastor de las

almas, el pan de vida, la luz del mundo, la cepa de la viña, y, ante una tumba, la resurrección misma (Juan 11:25).

5. Dijo ser uno con Dios y pretendió tener el poder de perdonar los pecados.

6. Dio un valor expiatorio a su muerte, anunciando y describiendo a los suyos, por anticipado, los sufrimientos que iba a padecer.

7. Predijo, en varias ocasiones, su resurrección y glorificación.

Por otro lado él mismo preguntó abiertamente a sus discípulos: *"¿Quién dicen que soy?"*

Y mientras le respondían: *"unos dicen que Juan el Bautista, otros Elías, otros Jeremías o uno de los profetas"*, Jesús fue más allá, haciendo más precisa la pregunta y preguntando a sus fieles: *"y vosotros, quién decís que yo soy"* (Mateo 16:13-15).

Ni siquiera hoy nadie puede escapar a esta perturbadora pregunta.

... Jesús..., preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas. Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Evangelio de Mateo 16:13-15

La confesión de Pedro y los primeros testigos de Cristo

Cuando Simón Pedro exclamó espontáneamente: *"Tú eres el Cristo, el hijo del Dios viviente"*, Jesús aceptó su testimonio y le dijo: *"Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos"* (Mateo 16:16-17).

Después toda la iglesia cristiana aceptó y creyó el testimonio del primero de los apóstoles, su confesión proclamando la esencia divina de Jesucristo, roca sobre la que fue fundada la Iglesia.

Sus discípulos lo dejaron todo por Él. Los judíos, apegados al Templo y a la tradición se volvieron contra Él. Los sabios de Grecia lo saludaron, los pervertidos y sensuales de Corinto abandonaron su lujuria por Él, y las piedras del Coliseo temblaron al *"por Cristo"* de los primeros cristianos, mientras que otros mártires, transformados en antorchas vivientes, iluminaban en la noche los jardines de Nerón.

*No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios,
creed también en mí.*

Evangelio de Juan 14:1



La verdad a toda costa

Para nosotros hoy se trata de saber si aquel que ha dado su nombre a la era moderna, debe reinar en el futuro como reinó en el pasado.


Si Jesús debe unirse a los ídolos rotos de las civilizaciones antiguas, si la Iglesia ha sido edificada sobre una leyenda o fábula, si el alma cristiana es presa de un sueño decepcionante, si nuestro deber es repudiar a quien ha sido, hasta aquí, el objeto de nuestra firme creencia, nuestra ancla de salvación en la tempestad, nuestra segura esperanza.

Se trata de saber si hay que renunciar o no a Jesús, ya que si Él no es el que dice ser, no queremos seguir viviendo en una ilusión.

Iremos a donde nos conduzca la inflexible verdad, ya que yo no confiaré nunca en una mentira y no soy de los que quieren ser engañados para ser consolados.

Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY.

Éxodo 3:14



Una pregunta que concierne a todos los hombres

¿Quién es el Cristo?

El razonamiento de los ateos es justo. Si Dios existe, dicen, debe mostrarse, debe ser posible conocerle, encontrarle. No podemos creer en un Dios que se esconde.

Por otro lado, si Dios es amor y todopoderoso, no debería abandonar jamás a su criatura. Pero, ¿qué es lo que vemos?

El hombre está terriblemente solo, se siente solo. Sufre sin ayuda, sin apoyo. Los pueblos están agustados y no encuentran solución a sus problemas. Ya no se cree, y si se cree Dios no está allí. Está ausente de la vida de los hombres. Sublevados, muchos lo niegan todo, sin darse cuenta que no pueden dejar de creer en algo, ya sea en la materia, el azar o la nada.

En la materia, fuente de energía, pero insensible al corazón y que conduce a los hombres a la esclavitud.

En el ciego azar que conduce al desorden.

A la nada sin rostro que lleva a la desesperación, o a todos los otros dioses que invitan a vivir en la ilusión y a morir en la impotencia.

Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.

Epístola a los Hebreos 11:6



¿Dónde encontrar al verdadero Dios?

¿No hay un Dios personal, verdadero Padre del género humano? ¿Un Dios que hable, que vea y que ofrezca?

El Dios que creó nuestros ojos y nuestros oídos, ¿será incapaz de ver y oír? El que formó nuestra lengua, ¿estará condenado a permanecer mudo?

El autor de nuestras manos y pies, ¿estará paralizado, sin poder castigar, acariciar, liberar y bendecir? En fin, el que ha dado el corazón al hombre, ¿será incapaz de amar?

Ha habido en el curso de la historia hombres que han testificado de tal Dios.

Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito.

Zacarías 12:10



Israel, testimonio universal de Dios

Conocemos un pueblo cuyos problemas fueron resueltos porque un Dios todopoderoso estaba en medio de él. Un pueblo en el que todos tenían pan, agua, vestidos, calzado. Un pueblo protegido de las enfermedades, cuyas instituciones, sabias y justas, procuraban a todos prosperidad y longevidad, con la condición que se dejara dirigir, conducir e iluminar por una ley santa y perfecta, escrita por el dedo de Dios sobre unas tablas de piedra.

Ese pueblo es Israel, cuya historia prueba la existencia de un Dios vivo y personal. Un pueblo que ha sido deportado, dispersado y diezmado a través de las edades, pero al que hoy, menos que nunca, no podemos ignorar, el pueblo que pronto encontrará su salvación volviendo la vista al que traspasaron (Zacarías 12:10).

Sabemos que la Ley de Moisés es la base de casi todos los códigos civiles del mundo. Esta ley fue recibida por Israel en el desierto del Sinaí, en circunstancias extraordinarias. En medio de truenos y relámpagos, mientras una espesa nube cubría la montaña y el son de una trompeta resonante anunciaba la proximidad divina. Dios, hablando desde lo alto del cielo, descendió en medio del fuego sobre la cima del Sinaí, que ardió como un horno y tembló con violencia. Ante este espectáculo, todo el pueblo al pie de la montaña, fue presa del terror y se mantuvieron alejados (Éxodo 19 y 20).

¿Quién era este Dios? ¿Era el que nos presenta el libro del Génesis, que se paseaba en el Edén, conversando con el primer hombre, en aquel jardín de delicias y encantos?

¿Por qué esta demostración formidable, estas barreras que no debían ser atravesadas?

¿Por qué los hombres y Dios no pueden vivir juntos, como los hijos con su Padre?

Porque Dios es santo y los hombres no. Sin embargo Dios es amor, y el pueblo de Israel tenía conocimiento de ello. Liberado de forma milagrosa de la esclavitud en Egipto, marcharon bajo la dirección de Moisés hacia el país de Canaán, prometido por Dios a sus padres, a la tierra donde nacería el gran libertador de las almas de todos los pueblos.

Todo hombre que todavía hoy indaga en los libros santos de Israel, constata que la Ley, los Salmos y los Profetas anunciaron al Mesías (Lucas 24:44).

Un día, en esa tierra de Palestina, sometida por los romanos, en el seno de un resto de los descendientes de Abraham, rescatados de la cautividad en Babilonia, circuló de boca en boca una noticia turbadora, llenando de esperanza los corazones oprimidos.

Y les dijo: Éstas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos.

Evangelio de Lucas 24:44



Juan el Bautista y el gran acontecimiento

En el desierto de Judea, un hombre vestido de pelo de camello, con un cinturón de cuero alrededor de la cintura, predicaba el arrepentimiento diciendo *“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”* (Mateo 3:2).

Y mientras las multitudes venían a él de todas partes, confesando sus pecados y bautizándose en el río Jordán, Juan el Bautista, viendo a Jesús de Nazaret exclamó *“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”* (Juan 1:29).

En ese instante, los mismos cielos no pudieron contenerse y se abrieron sobre Jesús cuando salía del Jordán, y el Espíritu Santo descendió sobre Él en forma de paloma, mientras que desde las alturas una voz decía *“Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”* (Mateo 3:17).

Es así como Jesús, que había nacido en Belén y vivía en Nazaret, fue introducido en su ministerio.

Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel.

Isaías 7:14

Jesús, un hombre distinto a los demás

- Recordemos su nacimiento. Predicho por los profetas, anunciado por los ángeles, nacido de una virgen, Jesús fue adorado por sabios e ignorantes. Si crees en los Evangelios deberás admitir que ningún hombre nació como éste.

- Conozcamos su carácter. Dulce y humilde de corazón, con un perfecto equilibrio en sus cualidades. Sin defecto ni fallo. Él podía decir, mirando a los ojos a sus enemigos *"¿Quién de vosotros me redarguye (convence) de pecado?"* (Juan 8:46). Sin duda ningún hombre fue perfecto antes de Él.

- No ignoremos sus palabras. Desde sus parábolas a sus invitaciones y palabras de consuelo, hasta sus pretensiones. ¿Qué ser humano podía decir tales cosas?

Los alguaciles del Templo que iban a prenderle dijeron con razón *"¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!"* (Juan 7:46).

- Pensemos en sus obras. ¿Qué es este hombre que tiene todo el poder sobre la naturaleza, los demonios, las enfermedades y la muerte? Iba de un lugar a otro, haciendo el bien y se dijo de Él *"bien lo ha hecho todo"* (Marcos 7:37).

¡No! ¡Jamás hombre alguno actuó como este hombre!

- Recordemos las circunstancias que precedieron, rodearon y siguieron a su muerte. Jesús ya había hablado de ella anticipadamente. Anunció que sería voluntaria, expiatoria, que daría su vida en rescate por los pecados del mundo entero.

Arrestado, no se defendió. Ultrajado, guardó silencio. Crucificado, pronunció palabras de amor y perdón. Cuando expiró en medio de las tinieblas que, en pleno día, envolvieron a Jerusalén, la tierra tembló, las rocas se partieron y los sepulcros se abrieron.

¿Cómo no sentirse tentados de compartir el sentimiento del centurión romano cuando dijo *"Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios"* (Marcos 15:39), ya que jamás hombre alguno murió como este hombre?

- Pensemos en su resurrección, confirmada con tanta seguridad por sus discípulos. Sin duda, si su testimonio es veraz, jamás hombre alguno salió triunfante de la tumba como lo hizo Él.

- Pero sobre todo, ¿que pensamos de sus exigencias con respecto al hombre que, en definitiva, es de lo que se trata? Él pide todo y dirige a cada uno un perentorio ¡tú sígueme!

Si Jesús no era Dios, cuan reprochable sería tal pretensión. Pero si verdaderamente es Dios, cuan naturales, moderadas y justas son sus exigencias.

Esta es realmente la cuestión, el gran problema a resolver. ¿Cómo lo hicieron los contemporáneos de Jesús?

¿Por qué los judíos no reconocieron a Jesús como Mesías?

A pesar de su vida, sus milagros, sus palabras y sus obras, Jesús de Nazaret no fue reconocido por su pueblo. Sólo un pequeño número de ellos creyeron en Él. ¿Por qué? ¿Es qué acaso los judíos no esperaban al Mesías?

Claro que sí, pero cuando apareció Jesús, la nación anhelaba ante todo la venida de un Mesías político y militar, y no uno religioso. Y si Jesús respondía a las características del Mesías profetizado en las Escrituras, no se correspondía con el héroe nacional que los judíos imaginaban y deseaban.

En vez de aplastar a los opresores y expulsar a los romanos fuera del país, en vez de hacer de los judíos la primera nación en el mundo, Jesús anunció un Evangelio universal. Puso su poder al servicio de los débiles, de los enfermos. Incorruptible, sacando a la luz los hechos escondidos de los hombres, Jesús no hizo acepción de personas.

No predicó una reforma exterior, sino interior. No atacó a las instituciones, pero denunció las injusticias y el egoísmo de los hombres. Proponía un cambio, pero un cambio de vida. Ese era el motivo por el que muchos no podían soportar su predicación y no quisieron saber nada de Él.

Su doctrina se resumía en estos términos: *Quieres que esto cambie, tienes razón, pero empieza por ti mismo. El mal está también en los demás, cierto, pero está primero en tu corazón.*

Él dijo *"Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre."* (Mateo 15:19-20)

Y como nadie puede permanecer neutral ante Jesús y sus palabras, los dirigentes de Jerusalén planificaron su arresto y su muerte.

Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca. Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos. Así que, desde aquel día acordaron matarle

Evangelio de Juan 11:49-53



Una analogía asombrosa

Como actualmente no existe una conspiración contra el cristianismo, similar a la de la época de Jesús, tendremos problemas para entender el complot que se tramaba contra Él, hace casi dos mil años, del que nos dan un relato detallado los Evangelios.

Cuando leemos los acontecimientos que precedieron a la crucifixión del Señor, a pesar de que ya hemos señalado algunas causas de su rechazo, nos sorprende como Cristo pudo ser objeto de tal animosidad y odio de parte de su pueblo.

Y la multitud, que era muy numerosa, tendía sus mantos en el camino; y otros cortaban ramas de los árboles, y las tendían en el camino. Y la gente que iba delante y la que iba detrás aclamaba, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!

Evangelio de Mateo 21:8-9



Jesús en su tiempo

Durante más de tres años, Jesús recorrió las ciudades y pueblos de Palestina, sin cesar de prodigar sus bendiciones a todos los que sufrían. Por ello, los jefes de los principales partidos políticos, filosóficos y religiosos se pusieron de acuerdo para ejecutar sus odiosos planes contra Él.

Se apresuraron aún más porque temían un movimiento popular favorable al Nazareno. El día de Ramos, la alerta tuvo que ser muy alta para ellos.

¿No había vuelto este galileo a Jerusalén, como un rey pacífico, sentado en un asno, rodeado y aclamado por una multitud delirante que gritaba: *“¡Hosanna! Bendito el que viene en el nombre del Señor?”* (Marcos 11:9)

No había un instante que perder. El prestigio y el poder personal de los sacerdotes parecían seriamente amenazados. Así que la propuesta de Caifás, Gran Sumo Sacerdote aquel año, había sido aceptada por todos: *“Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca.”* (Juan 11:50)

Así, en poco tiempo, los partidos que estaban divididos y se odiaban unos a otros, se unieron contra Cristo. Una vez unidos los dirigentes, las multitudes sometidas por una hábil propaganda siguieron a sus líderes. Y los mismos que habían gritado *“¡Hosanna al hijo de David!”* (Mateo 21:9) gritaron también *“¡Fuera, fuera, crucifícale!”* (Juan 19:15)

Este es a menudo el caso de los movimientos populares. Según las corrientes, la multitud siempre está lista para pisotear lo que ha aclamado una hora antes. ¡La historia da testimonio de ello!

Pero era necesario encontrar una acusación válida contra el hijo de María, y esa es la razón de los diferentes grupos que, los días anteriores a la Pascua, se dirigieron a Jesús para interrogarlo y sorprenderle en sus palabras, si es que eso era posible.

Era la preparación de la pascua, y como la hora sexta. Entonces dijo a los judíos: ¡He aquí vuestro Rey! Pero ellos gritaron: ¡Fuera, fuera, crucifícale! Pilato les dijo: ¿A vuestro Rey he de crucificar? Respondieron los principales sacerdotes: No tenemos más rey que César. Así que entonces lo entregó a ellos para que fuese crucificado.

Evangelio de Juan 19:14-16

Los tres grandes grupos unidos contra Cristo

Primero fueron los herodianos, un partido político de la época. Se acercaron educadamente al Maestro, le cubrieron de lisonjas con el propósito de comprometerle con aquella insidiosa pregunta *"¿Es lícito dar tributo a César, o no?"* Jesús discierne sus pensamientos y a causa de su respuesta *"Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios"*, les hace volverse maravillados y confusos (Mateo 22:15-22).

Después de ellos vinieron los saduceos, secta filosófica y religiosa reclutada entre la aristocracia y las familias sacerdotales, cuyo dogma religioso se reducía a creer en un solo Dios. Pero negaban la Providencia, la existencia de los ángeles y la resurrección. Se inventan entonces la historia de la mujer casada siete veces y que muere la última.

Entonces le preguntan a Jesús: *"¿en la resurrección de cual de los siete será la mujer? Ya que todos ellos la tuvieron."* Piensan que con sus preguntas podían cubrir de ridículo a Jesús, que creía en la resurrección. Con su sobria respuesta: *"Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios"*, Jesús les hace caer a ellos mismos en el ridículo (Mateo 22:23-33).

Finalmente, creyendo que tendrían más éxito que los demás, aparecen los fariseos. Formaban la secta religiosa que observaba de la forma más minuciosa la Ley de Moisés, además de todas las tradiciones añadidas por sus antepasados. Lamentablemente eran, en general, orgullosos, ambiciosos, duros e hipócritas.

Su error fundamental era considerar que la santificación consistía en las prácticas y las formas externas, sin preocuparse de los sentimien-

tos internos que las debían animar. Tenían apariencia de santos pero no lo eran.

Maestro, exclamó su representante, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? También tuvieron que callar ante el Sabio de entre los sabios, que resumió la Ley y los profetas con estas palabras únicas *"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Éste es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.* (Mateo 22:34-40).

Y es después de esto cuando Jesús se enfrenta a sus adversarios y les hace la famosa pregunta: *"¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?"* (Mateo 22:41-46).



Cristo hoy

Hay una gran analogía entre el tiempo actual y el que acabamos de describir. Después de dos mil años, las naciones llamadas cristianas disfrutaron de los beneficios indiscutibles del cristianismo. Dondequiera que el Evangelio fue anunciado, se realizaron cambios maravillosos, una transformación radical.

Pero hoy, estamos siendo testigos cada vez más de la descristianización del mundo, y nuestros países no escapan a este azote.

Como en los días de Cristo, las fuerzas opuestas a Él se alían consciente o inconscientemente en una vasta conspiración contra el verdadero cristianismo.

Los políticos, los actuales herodianos, están más preocupados de su gloria y sus ambiciones personales que de los intereses de su prójimo y, por lo tanto, de Dios mismo.

Incluso algunos llamando todavía a Jesucristo su Maestro, no tienen ningún interés en poner en práctica sus palabras y se inspiran bien poco en sus enseñanzas.

Los racionalistas de todas las tendencias, los modernos saduceos, no son pocos hoy día. Teólogos o laicos, no dejan de negar los milagros, la redención por la sangre, la resurrección, la esencia divina de Jesucristo, y su regreso en gloria. *"Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios"*, les diría Jesús.

Y finalmente están los ortodoxos formalistas, los fariseos de hoy, que teniendo grandes dogmas y conocimientos, no viven lo que dicen. Hacen tanto daño como los racionalistas, a los que condenan a Satanás y al fuego del infierno, en lugar de amarlos y orar por ellos.

Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Evangelio de Lucas 23:34

La cristiandad hacia la apostasía

Sí, tanto si son conscientes como si no, todos están coaligados para formar finalmente esta cristiandad apóstata que Jesucristo, en su regreso, vomitará de su boca.

Diremos que la situación actual es más terrible que la de los tiempos de Cristo, ya que los enemigos del nazareno estaban cumpliendo, sin saberlo, las Escrituras: *"¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?"* dijo el resucitado a los discípulos de Emaús, mientras les explicaba todo lo que de Él decían las Escrituras, comenzando en Moisés, los Salmos y todos los profetas (Lucas 24:26-27).

Es por eso que el Jesús agonizante pudo implorar el perdón de su Padre para sus verdugos (Lucas 23:34).

Después de él, el apóstol Pedro también pudo decir que los asesinos de Jesús actuaron por ignorancia (Hechos 3:17). A ellos les quedaba solamente una posibilidad de salvación, arrepentirse y volver la vista hacia el que habían traspasado.

Pero hoy, ¿qué esperanza queda para los que llevan el nombre de cristianos, para aquellos a quienes el bautismo ha marcado con el signo de la muerte de Cristo, si con su vida, ya sea por palabras u obras, reniegan de su divino Maestro?

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.

Epístola a los Efesios 2:8-9



Una solemne advertencia

Aquellos que persisten en esta actitud parecen ignorar la advertencia del texto sagrado: *“Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio. Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios; pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida, y su fin es el ser quemada”* (Hebreos 6:4-8).

Cuan solemnes son estas palabras y que urgente e importante es que hagamos un balance de nuestras vidas, respondiendo nosotros mismos la pregunta de Jesús: ¿Qué pensáis del Cristo?

Pero los principales sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud que pidiese a Barrabás, y que Jesús fuese muerto. Y respondiendo el gobernador, les dijo: ¿A cuál de los dos queréis que os suelte? Y ellos dijeron: A Barrabás. Pilato les dijo: ¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo? Todos le dijeron: ¡Sea crucificado!

Evangelio de Mateo 27:20-22



La pregunta de Pilato

Es con otra pregunta que acabaremos esta exposición. No nos es planteada por Jesús, sino por el hombre que tuvo que juzgarle, Poncio Pilato, gobernador de Judea.


Cerrad los ojos por unos instantes y retroceded mentalmente casi dos mil años atrás. Estáis en Jerusalén en una mañana de primavera. Ocupáis el lugar de las multitudes alrededor del procurador romano, ante quien fue traído Jesús.

A pesar de las acusaciones contra el nazareno, Pilato no encuentra ningún crimen en él. Sin embargo, queriendo conservar su prestigio y satisfacer a los judíos, duda en liberarlo, pero tampoco acepta cargar él solo con la responsabilidad de la muerte de un ser que él cree que es inocente.

Se dirige entonces a vosotros quienes, tarde o temprano, deberéis tomar partido a favor o en contra de Cristo. *“¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás, o a Jesús, llamado el Cristo?”* os pregunta (Mateo 27:17). **¡Haced vuestra elección!**

Llebad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.

Evangelio de Mateo 11:29



Una elección que hoy se convierte en la nuestra

¿Será Barrabás, un bandido famoso, un fuera de la ley?

Con él está el desorden, la angustia, el terror, las desgracias, la tristeza, las violaciones, el luto, las lágrimas. Pero Barrabás es también la vida alegre, tal como la entiende el mundo.

Barrabás es la vida sin fe ni ley. Con él todas las creencias son buenas, el infierno no existe. Somos nosotros quienes decidimos el mal e inventamos el bien. Con Barrabás podemos satisfacer nuestras pasiones, seguir nuestros instintos, dar rienda suelta a nuestro orgullo. Con él nos adentramos en el alcohol, la droga, el baile, las mujeres, las diversiones de moda, los pecados más refinados en salones o las orgías en los barrios bajos. Con Barrabás podemos vengarnos, engañar, defraudar, matar.

Pero Barrabás es también el hombre sin piedad, aquel con quien no quisiéramos caminar a su lado, pero que nos hace avanzar a saltos hacia la eternidad. Con él llega al final un día de abandono, desesperación y muerte.

¿Será Jesús, el hombre manso y humilde de corazón?

Con Él está el orden en la vida, el perdón y la paz, el reposo del alma, el yugo fácil y la carga ligera. Es amistad fiel, la ayuda en los apuros, salvación y curación. Pero Jesús también es la verdad sobre nuestra vida y la luz sobre nuestras obras. ¡Es tu vida, feliz como Dios la concibe!

Estar con Jesús es la obediencia a Dios, el amor en nuestras obras, la rectitud en nuestras palabras, la justicia en nuestros caminos, la pureza

en nuestro corazón. Con Él está la vida humilde al servicio de Dios y el prójimo.

Es la aceptación de la burla, la renuncia a uno mismo, el sufrimiento por la justicia, el perdón de las ofensas, la fidelidad hasta la muerte en un caminar santo en medio de un mundo corrompido.

¡Es una vida en gracia, mientras esperamos la gloria!

A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia; amando a Jehová tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a él; porque él es vida para ti, y prolongación de tus días...

Deuteronomio 30:19-20



Conclusión

¿Quién será liberado, Barrabás o Jesús?

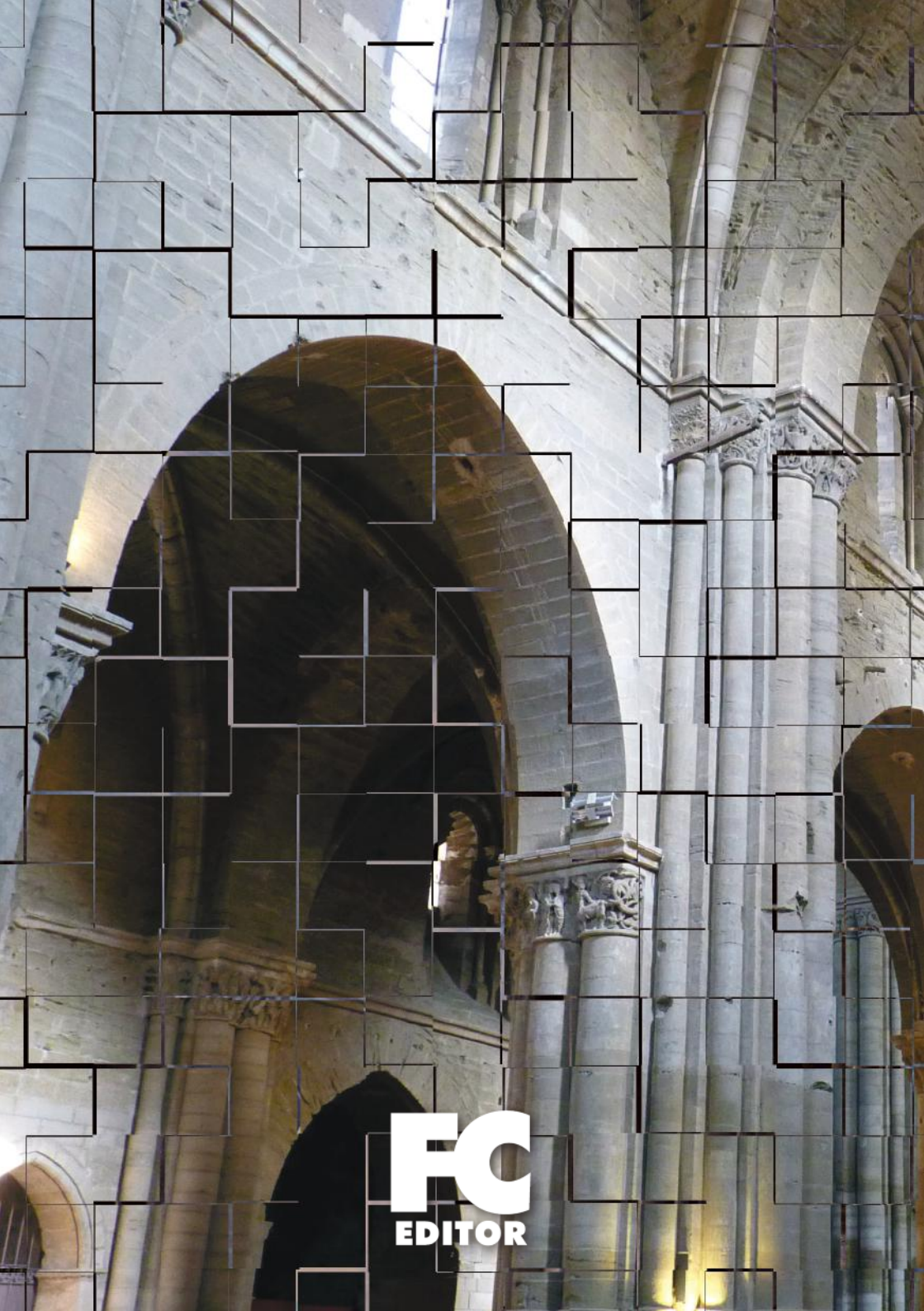
Está ante ti, la imagen del verdadero Dios. Bajo el velo de la carne, Dios manifiesta en Él la vida que espera de los hombres, la vida que le honra.

¿Qué harás de esta vida?

Liberar a Jesús es aceptar esta vida, es recibirlo como maestro, es admitir su reinado en nuestra propia vida, es renunciar a ti mismo, a este famoso Barrabás, a ese yo detestable a quien odiamos y amamos.

Amigos, tenéis la vida de Cristo en vuestra manos (Deuteronomio 30:19-20). Esta vida, que triunfó sobre el sufrimiento y la muerte, puede ser vuestra. Puede cambiar todo en vosotros y daros finalmente, en este mundo inestable, una razón de vivir, de creer, esperar y amar.

Ferran Cots editor • Barcelona, febrero 2019
Primera edición



FC
EDITOR